



EL CASTILLO DE ORCE.

Cronicon escrito por Sampsiro, Obispo de Astorga, por los años de 1000.

(Conclusion.)

FROILANO II.

20. Muerto Ordonio, su hermano Froilano sucedió en el reino, (el que tomó por esposa á la señora Munia, de la que tuvo por hijos á Adefonso, Ordonio y Ramiro, además de otro llamado Aznarrez, que le nació fuera de legitimo matrimonio.) Como fué cortó su reinado, no alcanzó victorias aunque algunas veces peleó; es fama que mandó ajusticiar sin culpa á dos hijos de cierto noble llamado Olmundo, por lo que Dios por sus justos juicios, le privó del reino; tambien desterró sin causa al obispo Legionense, llamado Fronimio, no contento con haber muerto á sus hermanos, (sin recordar que al emperador Domiciano, permitió Dios le diese muerte el Senado Romano por haber desterrado al bautismo Juan Apostol y Evangelista. Tampoco respetó aquellas palabras de David: No toques á mis ungidos, ni os ensañeis contra mis Profetas) por esto fué muy breve su reinado y brevísima su vida, que acabó lleno de lepra. (Fué sepultado junto su hermano en Legion.) Reinó solamente un año y dos meses (el sobredicho Obispo recobró su Obispado.) Era DCCCLXIII, (año 923.)

ADEFONSO IV.

21. Muerto Froilano, Adefonso hijo del señor Ordonio, empuñó el cetro paterno, (el que tomó por esposa á Xemena de la que tuvo á Ordonio el Malo.) Quiso despues dejar el reino, y retirarse al claustro y para realizarlo, envió mensajeros á su hermano Ramiro, que se hallaba á la sazón en la parte de Virci manifestándole que queria renunciar en su favor el reino. Vino Ramiro con presteza á Zamora con todo su ejército, y sus magnates y tomó el reino. Su hermano se apresuró á retirarse al Monasterio que llaman de los Señores Santos, situado á orillas del río Ceia, y allí se hizo monge. Ramiro movió su ejército en persecucion de los árabes, y á poco de llegar á Zamora, le vinieron mensajeros avisándole que su hermano Adefonso, dejando el monasterio se había apoderado de nuevo del reino de Legion. Movido de ira el rey con tales nuevas, y mandando tocar las bocinas, y

preparar las armas, retrocedió apresuradamente á Legion, donde el tuvo sitiado noche y dia, hasta que se apoderó de su persona y lo encerró en un calabozo. Entonces todos los magnates Asturicenses enviaron mensajeros al referido príncipe Ranimiro, el cual sin embargo penetró en Asturias y prendiendo á todos los hijos de Froilano, hermanos del señor rey Ordonio, á saber: Adefonso, Ordonio y Ranimiro, se los llevó consigo, y reuniéndolos con su referido hermano Adefonso el que estaba ya en la cárcel, les hizo quitar los ojos á todos en un mismo dia. Bahia reinado el tal Adefonso siete años y siete meses. Era DCCCLXIX. (Año 931.)

RAMIRO II.

22. Reinando ya seguro Ranimiro, consultó con todos los magnates de su reino, por dónde podría hacer entrada en tierra de los Chaldeos, y juntando su ejército, se dirigió á la ciudad que llaman Nagerrit (1) de la que se apoderó á viva fuerza en un día de Domingo, y despues de destruir sus muros, y causar grandes estragos, logró con la ayuda y clemencia de Dios regresar á su casa, en paz y con victoria. Estando aquí en Legion, recibió un mensajero que le enviaba Fredinando Gundisalvo, con la noticia que se dirija contra Castilla un grande ejército: cido por el rey, movió sus tropas, y salió á encontrarle en un lugar llamado Otoma, é invocando el nombre del Señor, ordenó sus haces y dispuso á sus soldados para el combate. El Señor por su clemencia y ayuda divina, le dió la victoria: dejó tendidos en el campo la mayor parte de los contrarios, y llevándose consigo muchos miles de cautivos, volvió á su corte con tan gran victoria. Poco despues, juntó otra vez su ejército y se dirigió á Cesar Augusta. Su rey sarraceno llamado Aboahia, se sometió al gran rey Ranimiro, y le cedió todas las tierras que nuestro rey habla subyugado. Fallando pues á lo que debía á su rey Abderrachman de Corduba, prestó obediencia al rey católico con todos los suyos. Nuestro rey empleó entonces todas sus fuerzas y poderío contra los castillos que se habían sustraído de la obediencia de Aboahia, y habiéndolos ganado se los entregó á éste, y volvió victorioso á Legion. Aboahia, sin embargo, faltó de nuevo al rey Ranimiro, y por medio de mensajeros hizo las paces con Abderrachman. (Por esto vinieron los sarracenos Cordubenses, y se apoderaron de Soutos Covas.) Despues el rey Cordubense Abderrachman con un grueso ejército, marchó contra Septimaneas. (Esto lo

(1) Esta es la primera vez que en la historia se menciona á Madrid.

anunciara Dios con terribles señales en el cielo, convirtiéndose el sol en tinieblas en todo el universo cuando por espacio de una hora.) Apenas oído por nuestro católico rey, dispuso sus numerosas huestes para irle á su encuentro, y empeñado el combate, concedió el Señor la victoria al rey católico un lunes, víspera de la fiesta de los santos Justo y Pastor, quedando muertos en aquella jornada 80,000 moros. También fué hecho prisionero por los moros el rey de los Agarenos Abolabía, y conducido á Legión fué encerrado en una cárcel; castigándole Dios así por sus reos juicios por haber faltado al señor rey Ranimiro. A los poetas que lograron salvarse con precipitada fuga, el rey los persiguió, oídos alance en una ciudad llamada Albandega, y allí acabó de exterminarlos. El mismo rey Abderrahman, mal herido, logró salvarse á duras penas. Los nuestros se apoderaron de muchos y ricos despojos de oro, plata y vestidos preciosos. Después de tan señalada victoria, volvió el rey en paz y seguridad á su casa.

25. Dos meses después, llevó en ejército á la ribera del Turuñ y dispuso se repoblasen varias ciudades que estaban desiertas. Entre estas lo fueron Salamanca, antigua Sede de los castellanos, Letestán, Ripas, Balnear, Albandega, Penna y otros muchos castillos que sería prolijo enumerar. (Al mismo tiempo poblaba el conde Rodarico, á Amaya y en Asturias el territorio de Santa Juliana, (1) y el conde Didaco poblaba á Burgos y Oviedo por mandado del rey; otras de las poblaciones que se llevaron á cabo á la sazón con el auxilio de Dios, fueron la de Scuda, por el conde Nanno Muniois, la de Oxoma por Gundisilvo Telliz, la de Luca, Choria y Sancto Stefano por Gundisalvo Fredinandez y la ciudad que llaman Septem pública por Ferdinando Gundisalvo.) Este referido Ferdinando Gundisalvo, y Didaco Munio, se levantaron luego contra el señor rey Ranimiro, y le movieron guerra. El rey que era fuerte y prudente, los apresó é hizo conducir cargados de hierro á la cárcel, al uno á Legión y el otro á Gordon. Largo tiempo pasó, y habiendo jurado obediencia al rey, recobraron su libertad pero les fueron confiscados todos sus bienes. Entonces fué cuando Ordonio, hijo del rey, tomó por esposa una hija de Ferdinando Gundisalvo llamada Urraca, á la razón que el buen Ranimiro (que habla tenido ya por hijos de la reina Tarasia por sobrenombre Florentina, además del dicho Ordonio á Sancio y Gelaira y consagró á Dios á su hija Gelaira).

24. En nombre de esta, edificó dentro de la ciudad legionense y muy cerca del palacio Real, un grandioso monasterio en honor del Santo Salvador. Otros dos monasterios construyó en la ribera del río Ceix con advocación de San Andrés Apóstol y San Cristóforo mártir: luego otro á la orilla del Dori dedicado á Santa María siempre virgen, y finalmente fundó otro monasterio en honor de San Miguel Arcángel, en una heredada propia que tenía en el valle de Orna y que se nombraba Desiriana. En el XIX año de su reinado, reunió de nuevo su ejército, y marchó á Elbora, ciudad de los Agarenos, que ahora se llama vulgarmente Talavera, y empuñándose la batalla, fueron muertos doce mil agarenos, y se llevó siete mil cautivos, con lo que regresó victorioso y dirigiéndose á Ovela, cayó gravemente enfermo. Volvióse á Legión, y allí rodeado de todos los obispos y abades que le exortaban, hizo su confesión la víspera de la aparición del Señor, (la Epifanía): abdicó el reino, y dijo: «Desnudo sall del vientre de mi madre, desnudo volveré á la tierra. Sea el Señor en mi ayuda, y nada temeré á lo que pueda hacer el hombre.» Fué su reinado feliz en la tierra, y como amaba á los hombres de su reino, así será amado por los ángeles en el cielo. Murió naturalmente, y fué depositado en un sarcófago en el cementerio que está junto la iglesia del Santo Salvador que había construido para su hija la señora Gelaira. Reinó por diecinueve años, dos meses y veinticinco días. Era DCCCLXXXVIII. (Año 950.)

ORDONIO III.

25. Muerto Ranimiro, su hijo Ordonio, empuñó el cetro paterno. Era varón muy prudente, diestro y ejercitado en las armas. Conjurados su hermano Sancio, su tío Garcesmo, rey de los Paupilonenses, y Fredinando Gundisalvo, conde de los Burgenses, se aproximaron con sus ejércitos á Legión, con objeto de espulsar á Ordonio, y dar el reino á su hermano Sancio. Llegando á oídos del rey Ordonio, reunió sus tropas, y dirigiéndolas con su acostumbrada pericia, logró defender sus ciudades y conservar su reino y cetro. (Entonces repudió á su esposa que tenía por nombre Urraca, que era hija del citado conde Fredinando.) Luego que se retiraron los rebeldes, tomó por mujer á Gelaira, de la que tuvo al rey Veremundo, que adoleció de guta. El mismo rey Ordonio, con un poderoso ejército, se dirigió á Galicia, á la que sometió, y llegó hasta saquear á Olibona y regresó después en paz y con victoria á la Sede real, cargado de despojos y llevando consigo gran número de cautivos; esto obligó al que habla sido su suegro, el referido Fredinando, á sometersele y allanarse á su servicio.

Reinó cinco años y siete meses, y murió de enfermedad en la ciu-

dad de Zamora, siendo sepultado en Legión junto á la iglesia del santo Salvador, al otro lado del sarcófago de su padre el rey Ranimiro. Era de DCCCLXXXIII. (Año 955).

SANCIO I.

26. Muerto Ordonio, su hermano Sancio, hijo también de Ranimiro, obtuvo pacíficamente el reino. Mas á poco de cumplido el primer año de su reinado, una conjuración habilitada dirigida, le obligó á salir de Legión y refugiarse en Pamplona, desde donde por consejo de sus amigos y de su tío el rey Garcesmo, se fué á ver con Abderrachman rey de los Cordobenses después de haberle enviado embajadores. En tanto se pusieron de acuerdo los magnates de su reino, unidos con Fredinando conde de los Burgenses y eligieron para rey á Ordonio el Malo, hijo del rey Adafona, el que había sido privado de los ojos con sus hermanos. El tal conde Fredinando, le dió entonces por esposa á su hija la que fuera repudiada por Ordonio, hijo de Ranimiro. Entre tanto el rey Sancio, que era excesivamente obeso, se restableció á causa de ciertas hierbas que le suministraron los Agarenos, y desvaneciéndose la hinchazón de su vientre, y volviendo á su primitiva agilidad, tomó consejo de los sarracenos para recobrar el reino que se le usurpara. Para esto salió de Cordoba con numerosísimo ejército, y se encaminó á Legión: mas apenas pisó la tierra de su reino, y llegó á noticia de Ordonio, huyó éste de Legión por la noche, y se refugió en Asturias, y quedó Sancio posesionado de su reino. En seguida de haber llegado á Legión, sometió á los que se habían levantado con el reino de su padre. El referido Ordonio espulsado á su vez de Asturias, buscó un asilo en Burgos, pero no queriendo recibirlo los Burgenses, le arrojaron de Castilla, y se dirigió á la tierra de los Sarracenos, quedando solo con su mujer Urraca, la cual tomó después otro marido. Viviendo Ordonio entre Sarracenos, hubo pues de llorar sus pasadas culpas, (sufriendo la maldición del Señor ya que rechazó su bendición. Al mismo tiempo el rey tomó esposa llamada Tarasia de la que tuvo un hijo llamado Ranimiro.) Mas adelante el rey Sancio de acuerdo con su hermana Gelaira, y con la reina, envió mensajeros á ciudad de Cordoba para recoger el cuerpo del mártir San Pelagio, que sufría el martirio en los días del príncipe Ordonio, y reinando sobre los árabes Abderrachman Era DCCCLXXXIII.

27. En tanto estaban de camino los legados enviados para tratar de la paz, y de la entrega del cuerpo de San Pelagio, con los que iba Velasco, obispo Legionense. Salió el rey Sancio de Legión y se dirigió contra Galicia sometiénola toda hasta el río Dori. Oído esto por Gundisalvo, que era el duque de la otra parte del río, reunió un grueso ejército, y trató de resistirle á la orilla del mismo río; mas luego cambiando de plan, y maquinando una traición, le envió mensajeros mostrándose dispuesto á satisfacer el delirado tributo, por las tierras que poseía, al mismo tiempo que para lograr por malas artes la muerte del rey, le envió veneno en una manzana; cuando el rey la gustó, sintió su corazón herido de muerte, y desfallecido y silencioso, emprendió apesuradamente la vuelta á Legión; pero al tercer día de viaje acabó su vida, (y fué sepultado en Legión muy cerca de su padre en la Iglesia de San Salvador.) reinó XII años. Era MV. (Año 967).

RANIMIRO III.

28. Muerto Sancio, su hijo Ranimiro, de edad de cinco años, sucedió en el reino de su padre, gobernado por los consejos de la reina y de su prudentísima tía la señora Gelaira que estaba dedicada á Dios. Tuvo paz con los Sarracenos, y de ellos recibió el cuerpo de San Pelagio mártir que depositó en un túmulo en la ciudad Legionense, acompañanle en este acto, varios religiosos obispos.

En el segundo año de su reinado, llegaron á las ciudades de Galicia cien naves de Normandos con su rey llamado Gunderedo, y causaron muchos estragos en el territorio de Santo Jacobo Apóstol, dieron atrocidad al obispo llamado Sisnando y saquearon toda la Galicia hasta llegar á los montes Alpes de Eochrari. Mas Dios, á quien nada se oculta, y que nada deja impune, les dió el castigo merecido cuando al tercer día regresaron á su país, pues así como rodejaron á la misera cristiandad al pueblo cristiano, y dieron muerte violenta á muchos, así también ellos hubieron de sufrir calamidades sin cuento, antes de alcanzando los confines de Galicia. (Entretanto el rey Ranimiro tomó esposa llamada Urraca la que está sepultada en Ovela.) Al mismo tiempo el conde Gundisalvo Sanciois es nombre del Señor; y en honor de Santo Jacobo Apóstol, cuyos tierras habian devastado, se fué contra ellos con numeroso ejército y los combatió. El Señor le concedió la victoria, y logró pesarlos á cuchillo y exterminarlos á todos juntamente con su rey, y todos con la ayuda de la Divina flamante, á su fuego á ras de tierra.

29. El mismo rey Ranimiro, que era soberbio, mestoso é ignorante, comenzó á maltratar de obra y de palabra á los condes de Galicia, Legión y Castilla. Entendidos estos condes resentidos, se conjuraron y proclamaron por rey á un tal Veremundo, lo que se verificó en la Sede de Santo Jacobo Apóstol en los días de Octubre Era MXX

(1) Las Asuncion de Santillana.

Sabiendo esta par Ramiro, partió de Legion y se dirigió á Gallaecia. El mismo rey Varenando salió á su encuentro, y en Portella de Anemas, se trató encaminadamente el combate. El érin quedó indeciso, y se separaron sin poderse unos ni otros atribuirse el vencimiento. Ramiro retrocedió á Legion; y allí murió naturalmente siendo el año XV de su reinado cuando acabó su vida, fue sepultado en Destriani. En tanto el rey Alborax con numerosas hordas de Agarenos, penetró en Gallaecia por Portugalense y se adelantó hasta Compostella dejando asolada toda la tierra. Mas intentando osadamente llegar hasta la Iglesia y sepulcro del Beato Jacobo les intimidó Dios tal terror que les obligó á retroceder; no queo sin embargo nuestro rey celestial, quedasen impunes tantos desmanes cometidos contra el pueblo cristiano; y para castigarlos, envió á los agarenos tal enfermedad de vientre que murieron todos sin que uno solo quedase con vida para regresar á su patria.

N. C. G.

LA SEÑA.

Hé aquí la explicación que dá un periódico de Málaga de la significación de cada uno y todos los actos de esta ceremonia religiosa:

La ceremonia de la Señá tuvo su principio en la gentilidad. Cuando moría algun capitán principal que habia triunfado de sus enemigos, sacaban el estandarte de la Victoria, y postrados en tierra los soldados, el cabo mas digno lo habia sobre todas en señal de sentimiento. Así la Iglesia en la muerte de Nuestro Redentor hace sentimiento sacando el estandarte real de la Santa Cruz con triunfo del enemigo del género humano, quitándole la presa que de él habia hecho por el pecado, cantando el himno *Vexilla regis*, y dando á entender los misterios de su significación en las demostraciones que ejecuta.

El ser negra la bandera, significa las tinieblas y oscuridad que padeció la tierra en la muerte de Cristo Nuestro Señor.

La cruz roja en la bandera, denota que por la sangre que derramó se lavaron nuestras manchas contraídas por la culpa.

El ponerla en el altar delante del Sagrario, significa el Verbo Eterno en el seno del Padre, dispuesto para bajar á redimirnos.

El salir los señores prebendados del coro cubiertos desde la cabeza á los piés, significa la oscuridad que tuvo el mundo, desde la cabeza de Adán hasta sus hijos.

El salir el sigillero del cuerpo del cabildo en el mismo traje, significa el Verbo Eterno que, vestido de nuestra naturaleza, salió á redimirnos.

El bajar el estandarte del altar, significa la venida del Verbo saliendo del seno del Padre al mundo á padecer.

El hacerse de rodillas los señores prebendados y todos los capellanes y demás que se hallan presentes, significa la reverencia con que se debe venerar su venida.

El tocar primero el estandarte el ara del altar, significa que del ara de la cruz tuvo el mundo su remedio.

El tocar con el estandarte los dos lados del Evangelio y Epistola, significa el llamamiento á los pueblos hebreo y gentil.

El tremolar delante del altar primero, significa la noticia de su venida por los profetas y sibilas.

El tocar sobre los hombros el significado la bandera, significa cargar sobre los suyos Cristo Nuestro Señor nuestras culpas.

El volverse al pueblo desde la superior grada del altar y tremolarla ó batlarla allí, significa el llamamiento al pueblo hebreo por milagros y señales, dándole á conocer, y no lo quisieron recibir.

El bajar la grada y llegar á los señores prebendados, significa apartarse del pueblo hebreo y venir al gentilismo.

El postrarse en tierra los señores prebendados, poniendo las espaldas debajo de la bandera, significa la obediencia con que recibieron sobre ellos el yugo suave de su ley; el levantarse y descubrirse, quitándose el capuz, significa que por medio de haberlo recibido se levantó el género humano caído por culpa y desterrando las tinieblas en su ceguera al alumbró la luz del Evangelio.

El ser cinco las Señas que usa esta santa Iglesia, significa las cinco edades que tuvo el mundo sin el conocimiento claro é intenso de Cristo Nuestro Señor: la primera desde Adán hasta Noé; la segunda desde Noé hasta Abraham; la tercera desde Abraham á Moisés; la cuarta desde Moisés á David, y la quinta desde David hasta el nacimiento de Cristo Nuestro Señor, y las cinco llagas que como fueron Dornismas, lavaron las culpas de los cinco sentidos.

EL GRUPO FOSIL.

EPISODIO DE LA CONQUISTA DEL PERÚ.

La historia de los monumentos es la de los Estados; la historia de un hombre es alguna vez la de un pueblo, y cuando los libros no cuen-

tan las revoluciones que han trastornado los imperios, pedaces de columnas esparcidas por una y otra parte, enterradas bajo la movediza arena, revelan al arqueólogo los sucesos y los sucesos que encubren las tinieblas de las edades.

Indudablemente el siglo XV es uno de los que han sellado mas su peso con el estrépito de grandes catástrofes y la conquista de México, es quizás el mas memorable acontecimiento de aquellos tiempos de audacia y crímenes, que nos han legado tantos nombres célebres y pueblos rubyugados.

El dorado, que no era todavía una ficción, arrestró una parte de la Europa á cruzar el Atlántico; pero los corazones de acero, para los que la muerte era una consecuencia inevitable de la vida, fueron á buscar otra cosa diferente que la juventud y la fortuna en el país de los incas y caciques, tan despoetizado en nuestros días...

Peligros y gloria ambicionaban los Alfonso de Albuquerque, los Alvarez Cabral, los Gama, Diaz de Solis; la necesidad sobre todo Francisco Pizarro, el intrépido aventurero á quien desvelaban los nombres de Cristóbal Colon y Americo Vesputio, y grande es la epopeya en que representó el papel principal, el jefe de una banda indisciplinada de unos centenares de hombres, que iban á luchar contra numerosísimas y feroces gentes.

No quiero yo contar la historia casi fabulosa, de totes conocida, que devoró en pocos meses los hombres, edificios y tesoros acumulados que poseía la América; pero cuando un episodio interesante de aquella sangrienta lucha se ofrece espontáneamente á la pluma del escritor atento, su deber es recogerlo y ofrecerlo á la meditación de los que tienen en sus manos la suerte de los pueblos; lo pasado es el profeta de lo venidero, y no hay nada inútil en el estudio de los días que pasaron? ó de las ciudades gastadas por el roce de los siglos.

¿Quién era Francisco Pizarro? ¿quiénes sus compañeros de armas, Todos lo saben... Los incas, vencidos con la espada, el bronco, los corceles y los perros, abandonaron sus riquezas y sus capitales.

Pocos meses despues de la conquista del Perú, ejecutada en aquellos tiempos bárbaros con la crueldad que condenan los presentes, la antigua religion de aquellos buenos pueblos ecuatoriales pereció, y los tesoros de los templos fueron presa y botín codiciado del vencedor.

¿Pero qué se habian hecho las virgenes que los emperadores habian consagrado al sol? Los soldados de Pizarro lo hubieran podido decir entonces y los que estudian la historia despues, con el valor que es preciso para buscar, en provecho de las generaciones futuras, la triste verdad que envuelven los horrores inseparables de la guerra.

Entre estas, si se ha de dar crédito al manuscrito mutilado que tenemos á la vista, la mas hermosa era Kalida, á quien el incá mismo quería hacer su compañera. En medio del asalto del templo sagrado, que la ocultaba de las miradas profanas de los peruanos, cayó ella en poder de un jóven oficial castellano, caballero de honradas y dulces inclinaciones. Llámabase Juan Torrijos; Kalida se arrojó implorando misericordia, pero apenas levantó los ojos hacia su vencedor, dió las gracias, y se consoló... ¡Oh! fué uno de esos amores castos y piadosos que ennoblecen y tranquilizan; amáronse sin decretelo; el hermano respetaba á la hermana, pero la hermana conocia que por la haber en el corazón de la mujer otro sentimiento que está santa amistad que ocupaba su vida, pero que no la llenaba.

Jamás me paro delante de este grupo fósil que los sábios estudian con indiferencia, sin que las lágrimas asomen á mis ojos; toda una época se me representa, época triste y sangrienta, en que el mundo se ensanchaba, en que las más pasiones, juntas con las heroicas, corrían en alas del viento, con los navegantes; y al tocar con el dedo estas dos elocuentes figuras, busco al niño pulverizado que ha dejado una señal tan dramática en el seno de su madre.

Aun veo en las faldas de estas cordilleras nevadas, que se extienden del Sur al Norte de América, estos desgraciados, perseguidos, por orden de Pizarro, y del inca, su prisionero. El primero querit coger á Torrijos, cuyo brazo é inteligencia habian sido tan útiles en la conquista, sin perjuicio de apoderarse de Kalida; el otro podía con calor la jóven y hermosa peruana, cuyo recuerdo le era mas grato todavía que el de la libertad.

¡Ay! léanse, como yo lo he hecho, estas páginas elocuentes, dictadas por el dolor y la desesperación, y se podrá juzgar de las angustias y tormentos de los dos fugitivos de Quito, despues del incendio de esta capital.

Un país desconocido, llanuras desiertas, selvas impenetrables, montañas eridas levantando hasta el cielo sus orgullosas frentes; añádanse á estas calamidades, y á la riqueza fiscal del suelo, torrentes soberbios, fieras que combatir ó evitar, reptiles venenosos que venían algunas veces á compartir el lecho de los dos amantes, y se comprenderá tal vez, por qué he seguido con tanto interés á mis dos héroes— cortados hoy en piedra— en quienes la sed y el hambre ha debido con frecuencia helar el valor sin entivar su corazón.

Quilo está sobre el nivel del mar tanto como las más altas cumbres

de los Bárbaros, y sin embargo, los fugitivos se dirigieron todavía á regiones más áridas. El alma se purifica en las regiones celestes, y como los filones en que se estratan el oro se hallaban al rededor de estas colinas, parecía natural el creer que los soldados de Plasar, ávidos de riquezas, no escarriaban las cordilleras que ofrecían tantos peligros. Torrijos no había pensado más que en los hombres; pero los elementos mismos trababan su camino, y contra ella iba á verse precisado á luchar.

Aunque bajo la llama, Quito tiene sus noches de nieve, su primavera é invierno. Torrijos y Kalida se apercibieron de ello muy pronto, y fácil es conocer las angustias que debieron sentir, cuando en medio de las tinieblas se vieron envueltos por la nieve, que en copos caídos caía sobre sus cabezas, y cubría los precipicios que costaban.

¡Oh! esta parte de la narración de los dos desgraciados está sellada con el más doloroso terror; y si sus caracteres recordan el géneo español, se ve también que una mujer la ha dictado... Pobre Kalidá, ¿tal vez sabía ya que llevaba en su seno una prenda de amor, mas fuerte que la cólera celeste!

Hélos allí, sosteniéndose mutuamente, y dispuestos á desaparecer á cada paso en los hondos precipicios que los rodeaban. La tormenta bulle á sus pies y sobre sus cabezas... el torbellino caprichoso burba todos sus esfuerzos, el valor solo servirá para prolongar su agonía.

—Parémonos aquí un poco, dice Kalidá con voz débil: el último suspiro del hombre debe ser un pensamiento dirigido á Dios; el reposo únicamente nos permite llegar á él...

Sobre esa roca, próximo, lanzaremos nuestro último suspiro... ¡Qué nuestras almas, Torrijos, se confundan en un mismo adiós!

Señáronse en una piedra, que el huracán había limpiado de la nieve, y allí, solos, abrigados el uno con el otro, aguardaron su redención, es decir, la muerte.

Todo estaba blanco en torno suyo: era como un sudario funeral que se perdía en el horizonte, como si quisiera envolver al mundo en la misma caldastro... Escuchad, escuchad... un ruido sordo, lúgubre, fatal, resuena como una amenaza celeste, semejante á las olas irritadas del mar, como un roncido satánico.

¿Son las raras voces de los leones americanos, que giran á veces alrededor de las caravanas aventureras? No, porque no penetran en regiones tan glaciales. Las serpientes callan también al furor de los elementos conjurados. ¿Qué era, pues, aquel ruido que estremecía la roca, que guarecía á los desterrados del mundo, haciendo oír como los sonidos de un siniestro genio?

Era la avalancha que preparaba su obra devastadora; era la fienda de la montaña que iba á colmar el valle... ¡Hála allí! ¡hélo allí, se levanta, grita, abre su seno, estiendo sus brazos, sube, baja, se balancea, y parte...

La roca sola la resiste; todo lo demás es arrastrado, destruido en su marcha gigantesca. Árboles seculares, nerviosas lianas, piedras bituminosas, pájaros perdidos en el espacio, báltes enormes, cadáveres de cuadrúpedos y reptiles, todo se confunde, se mezcla en la red destructora, todo es devorado por las rápidas aspiraciones del terremoto. El caos vuelve á empezár, y cuando la montaña se estrémee en sus cimientos, Kalidá y Torrijos aguardan el desenlace del drama con imperturbable tranquilidad.

Mas tarde sabremos quizás si esta avalancha se contentó con llenar de despojos la barranca adonde iba á espirar su rabia; oiremos á los mas verdicos exploradores del país, sobre el que Dios ha derramado sus mas ricos dones, y mas desoladora pobreza...

Sigamos ahora á los amantes ante los hombres, los esposos ante la divinidad, y veamos si, después de tantas fatigas y peligros, descubrirán un lugarcito indio, una familia nómada que les dé asilo, lumbré, algunas frutas y algún consuelo.

« ¡Qué fatal te es mi amor! decía Torrijos á su valeroso compañero, que llevaba los pies descalzos, destrozados por la aspereza del camino; ¿no es verdad que lo maldices, querida Kalidá de mi alma?... Di, ángel consolador, di, sin temor á quien no quiere la vida sin ti, que esperabas mas de tus fuerzas y tu tenura; dile que el arrepentimiento ha penetrado en tu corazón, y en el mismo instante rodará mi cuerpo hasta lo profundo de este abismo.»

Kalidá, por toda respuesta, dirigió á Torrijos una de esas miradas heñadas en lágrimas que son juntamente una queja y un consuelo: un beso ardiente fué la prenda de una paz eterna... ¡De este modo crecía su energía con los obstáculos, y tal era su heroica resolución, que desafiaban el destino, queriéndole probar que su rabia se estrechaba contra la firmeza incontestable de su amor!

¡Ah! el cielo les sourie, el sol los calienta, un pájaro que les anima la éspérance, uno de esos frescos y risueños oasis que el Omnipotente ha colocado en medio de silios escabrosos y áridos; capaces de espantar á las bestias feroces, los rocas.

En una vallecito delicioso, que surca un riachuelo, donde se veían plantas odoratas, cuyo perfume delirado consuela al viajero perdido en aquellas soledades; numerosas pájaros se regocijan saltando

de rama en rama, haciendo resonar en el aire su alegre canto, sus quejas y suspiros... Allí no hay serpientes escondidas entre las rocas, ni el fiero jaguar con sus barras negras, la pupila encobrada, las uñas afiladas, los movimientos tan rápidos y sencillos que puede llamarse el reptil de los cuadrúpedos; y como si el Criador de todas las cosas hubiera querido decir al hombre de las selvas ó de las cordilleras: ¡desolad ahí!... las colinas escalonadas que rodean este encantador Eldorado desfilan á las cumbres mas elevadas á que llegan hasta su último asiento un solo resto de los estragos periódicos con que parece que se deleitan las terribles y eternas avalanchas.

En presencia de un paraíso terrestre tan imperioso, Torrijos y Kalidá se postraron de rodillas, é hicieron subir hasta la frente de Jehová las mas fervientes acciones de gracias.

—Gracias te doy, Dios mío, dijo Kalidá: el solo puede poner á nuestros pies tantas riquezas, y tanta alegría en nuestro corazón.

—Démole gracias por dos, respondió Torrijos.

—Por tres, añadió con viveza Kalidá, con las pupilas heñadas en lágrimas.

—¡Que Dios le conceda á las felices!

—Roguémosle, Torrijos; lo llamaremos Juan, puesto que este es tu nombre, que tienes una patria, y yo no la tengo!

—¿Es posible? preguntó el español á la peruana, cogiéndola el brazo con amor frenético: ¡oh! en tal caso, tú eres mi patria, mi cielo, mi Dios, que ha criado el tuyo, este hermoso sol, que fecunda tantas riquezas desplegadas ante nosotros... Ven, Kalidá, esta será nuestra patria; aquí nuestra felicidad, aquí nacerá el primer vistazo de Torrijos y Kalidá.

Bajo un cielo siempre azul, en un suelo joven y fértil, ¿qué le hace falta al hombre que posee una dulce compañera, que sigue sus pasos y participa de sus sentimientos?... Agua, algunas frutas, la salud, una mirada, este poder eterno que dá aliento al mas tímido, esperanzas all condensado...

Torrijos, pues, era feliz en este alegre valle, cuya opulencia describe tan poéticamente; lo era doblemente, porque veía al despertar una sonrisa consoladora en los labios entreabiertos de Kalidá, que iba á ser muy pronto madre.

—Así se forman las colonias, le decía la hermosa peruana con voz persuasiva; primero uno, después dos, tres; luego el seso trae al desierto un viajero estraviado... Sa le tiende la mano, se le recibe, se le guarda, y la familia necesita un campo mayor, una cabaña mas espaciosa; un peñón mas sucho.

—¿Te causa la soledad? le preguntó tristemente el español.

—No, amigo mío, pero el porvenir debe ocuparnos un poco; vas á ser padre, Torrijos; tu hijo tendrá una alma como la tuya, yo daré la mía á mi hija, porque no es cierto que nuestros pensamientos estén en la cabeza.

—¡Qué noble era, ángel mío! Y bien; ¿sabes tú lo que me inspira tu discreta prevision?

—Habla, amigo, la palabra es dulce, aun cuando regaña; apuesto á que vas á tener razon contra mí que creo siempre tenerte.

—Escucha; aqui somos tan felices, lejos de curacas y españoles, que la idea de explorar mas allá del circo de lava que nos rodea, no se ha presentado á mi imaginación. Tal vez estemos cerca de alguno de esos pueblecillos que pintan tan felices las tradiciones de tu patria; tal vez vivimos en medio de un mundo habitado... ¿Quieres que suba á las cumbres que nos dominan, y tienda la vista por los valles que las separan? La inocente felicidad no es egoista, y si hay cerca de aquí puehlos y hombres que los habiten, ¿qué que sería humano decirles que nuestro país es rico, los frutos sabrosos, las aguas siempre frescas y cristalinas, y nuestro imperio bastante vasto para una parte de los necesitados. ¿Quieres, Kalidá?

—Tu proposición es un reproche, respondió la india, presentando una mano pequena y húmeda á su esposo inquieto, pero la acepto sin murmurar únicamente, si tú partes, yo voy contigo; tus fatigas deban ser las mías, tus peligros serán los míos.

—¿Y tu hijo? exclamó Torrijos alarmado; aquí tenemos dioses siempre brillantes, césped verde, árboles robustos y protectores... No se necesita un sepulcro, y tú lo sabes, tu último suspiro será tambien el mío.

El circo estaba aun envuelto en el crepúsculo, pero las cimas de los montes tomaban un color púrpuro con los primeros rayos del sol, los montes tomaban un color púrpuro con los primeros rayos del sol, los pájaros sillaban entre el follaje, y las mariposas les disfrutaban alegremente el imperio del aire. Un hombre joven y fuerte, una mujer fuerte y joven como él, escalaban las cuevas de esta parte de los Andes americanos, tan poco estudiada todavía. No se hallaban, y sin embargo ambos estaban preocupados con siniestros pensamientos, como si fueran dos culpables que van á presentarse ante sus jueces. Si no hubieran pronunciado una palabra, de hijo hubiera retrocedido; pero como el silencio podía inspirar esas esperanzas al otro, prosiguieron su loca marcha á través de senderos naturales, abiertos por la lava en

la montaña, y que indicaban en cierto modo la época de las erupciones.

Sin embargo, las fuerzas hacían tránsito al esfuerzo de la joven yermana, á quien su dulce carga paralizaba el paso: así, apenas había llegado al primer descansadero de una colina, deseó reposarse un poco: este momento fué el de la meditación y el de las tiernas quejas.

—¡Ah! no debíamos haber abandonado el feliz asilo por una esperanza que puede ser una desgracia, pensaba Torrijos; los amigos verdaderos son raros en la tierra, y aunque el corazón sea ciudadano del universo, solo se fija por egoísmo é interés.

—No es verdad, decía Kalida con el codo apoyado en las rodillas de su noble compañero, que está muy lejos de aquí el valle á que nos dirigimos?

—Bastante, respondió Torrijos, comprendiendo el sentido de la pregunta, para que casi renuncie á mi proyecto.

(Continuará.)

DEL TRAJE

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA HISTORIA,

DEL COSTO Y DE LAS ARTES.

A la par de la historia de los hechos, tan benévola de gravísimos ejemplos, y llena también por desgracia de omisiones, dudas, oscuridad y mentiras, existe otra que no ha tenido interés de deslugar el espíritu humano, y que ofrece á la curiosidad de los eruditos un pasto abundante y provechoso. Es esta la historia de las costumbres, de los trajes, del lenguaje y de todos los signos con que cada generación nos revela sus tendencias materiales y morales, su grado de civilización, sus intereses sociales y su nivel intelectual.

Hay en esta historia secundaria un capítulo tan importante como ameno, el cual vamos á examinar hoy, reservándonos para otro día un asunto de mas transcendencia y gravedad. No será el capítulo de los sombreros, que un cómico francés ha intercalado burlescamente entre las obras de Aristóteles, sino el que trata del traje nacional y de sus variaciones.

No nos faltarán documentos para tan curioso estudio: existen por do quiera, en las crónicas, en los cantos populares, en las admirables estampas de los antiguos misales manuscritos y en las groseras viñetas de los primeros libros impresos. Además de estos manuales originales, hay otros muy numerosos, en los que ha resumido la ciencia todo lo más elocuente y estroño que puede satisfacer á la curiosidad de nuestros antepasados y de nuestros contemporáneos. No tenéis mas trabajo que hojear el catálogo de los libros publicados en Londres durante el último año, para encontrar entre ellos tres colecciones de diferente asunto y aspecto, que tratan del punto en cuestión. Lo han apurado bajo un punto de vista distinto dos anticuarios y una mujer. La Dustracion, esplotada en esta ocasión con utilidad, les ha ayudado en su empresa, y ha dado una claridad particular á los anales de la moda: de modo que no tenemos que hacer mas que tomar notas y compaginar fechas, para extraer de todas esas interesantes obras una historia compendiada del traje, si no nos hubiera parecido esencialísimo poner de manifiesto uno de los lados de la cuestión que apenas han indicado nuestros tres autores. Ellos se han limitado á repetir todo lo que se ha dicho sobre las variaciones sucesivas del traje nacional; pero nosotros intentaremos estudiar en sus relaciones con las notorias é ideas del arte moderno, completando de este modo la misión de críticos, de que nos hallamos dignamente encargados.

No obstante, nos aprovecharemos del libro de M. Fairholt para seguir la transformación sucesiva del traje introducido por los romanos en la isla conquistada por César. M. Fairholt es amigo y escrupuloso, como verdadero sabio, y no se ha atrevido á remontarse mas allá de la conquista sajona, porque no encontraba autoridades respetables para la descripción exacta de los siglos anteriores á esta época. Efectivamente, cuando los escritores griegos ó romanos de los siglos III y IV describen los usos y trajes británicos, no recuerdan jamás á apuntes contemporáneos; se contentan con copiar lo que habían escrito los historiadores y los geógrafos 500 ó 400 años antes; y este método, que tan usado es aun en nuestros días, les esponía á gravísimos errores, de que es forzoso desconfiar cuando se lleva por norte en un trabajo el mérito de la exactitud.

Es muy posible presumir que, según hacían todas las tribus bárbaras mas ó menos sometidas á los procónsules romanos, trocarían también los habitantes de nuestras islas sus pintadas pieles por la toga italiana; y que cuando se trasladó la corte del imperio á Bizancio, dejarían sin duda alguna este manto tan pesado, tan majestuoso, tan incómodo y difícil de llevar, para vestir el elegante *pallium* de la raza griega.

Somos de parecer de que el traje de los sajones, imitado en un todo

del que se usaba en el Bajo Imperio, sufrió notables transformaciones antes de la costurista normanda. Gort y su señor Codré eran vestidos poco mas ó menos como los porquerizas hito otros y los catetanos de Commeno. Por otra parte interesaba muy poco, según parece á los anglosajones, la forma de sus vestidos, y gustaban con preferencia de broches y hebillas lamustadas ó encañadas para abrochar sus vestidos calzados ó capricho. Envolvía su cuerpo una túnica sencilla que bajaba hasta la rodilla, y se adaptaba y ceñía á la cintura por medio de una banda de la misma tela, ya con un cinturón adornado de varios dibujos.

Algunas veces se veían ritas bordaduras en los bordes de la misma túnica: consistían en hojas esparcidas en trozos de iguales dimensiones ya cuadradas, ya redondas, pero sin mas significar las mas ricas llevaban estas hojas bordadas con hilo de oro: la túnica tenía una abertura sobre el pecho en ambos lados, empinando desde las caderas, y se parecía mucho á las modernas camisas. Llevaban sobre ella una capa corta de diversos colores, ajustada por medio de un broche sobre el hombro derecho, sino lo estaba tan bien sobre el mismo pecho, dejando entonces á la capa separarse en pliegues iguales y volver á caer desde los brazos que levantaban, hasta encima de la pantorrilla.

Las personas distinguidas y los ancianos llevaban encima de esta corta capa otra mucho mas larga, y que sería sin duda alguna una imitación de la toga romana. Jamás deja de estar representado Dios en los manuscritos de la época sin este atributo de la nobleza y de la ancianidad.

La capa corta servía con frecuencia para preservar la calidez de la inclemencia de las estaciones, porque en la época en que hablamos eran muy escasos los adornos de la cabeza. Se vé no obstante, que ciertos hombres privilegiados llevaban sombreros ó gorros rústicos, recordando con su figura los cascos guerreros y los gorros frigios, puestos los unos sobre los otros. Se usaban los cabellos desmesuradamente largos, divididos por el medio de la frente, y pueltos detrás de las orejas, desde donde caían en libertad sobre las espaldas; la barba, ya estuviera en forma de collar, ya cesyera sobre el pecho á la longitud de algunas pulgadas, terminaba en dos puntas. Los escritores sajones hacen muchas veces mención del brech y del hose. El brech (del que se deriva la palabra breches) abrazaba estrechamente la pierna, no tenía mas adorno que unas rayas transversales en torno de los muslos, las cuales no pasaban de la pantorrilla. El hose (de que se deriva la palabra francesa houzeaux) era de cuero ó de piel sin curtir; solo llegaba hasta la rodilla; los zapatos estaban por lo común tejidos de negro y abrazaban el pié hasta el tobillo. Aunque las pinturas del tiempo no indican si estaban sujetos por correas ó hebillas, no puede negarse la certeza de esta circunstancia.

Las damas anglosajonas rivalizaban en sencillez con sus maridos; sus largos vestidos caían sobre sus piés en pliegues rectos; llevaban encima una túnica que apenas llegaba á la rodilla, y que según parece, estaba ajustada al talle por medio de un cinturón cualquiera; una larguísima capa ocultaba su rostro á todas, y el coverchief ó capucha acababa de hacer casi invisible á la casta esposa de los nobles sajones. El complemento del tocado femenino era esta capucha puesta en torno de la cabeza que caía con bastante gracia sobre el hombro derecho, y la mujer del pueblo iba vestida en cuanto á este adorno lo mismo que la reina, la cual debía llevar su toco encima de la corona. Sus cabellos, casi siempre ocultos, eran tan cortos, que formaban con ellos una especie de rollo al rededor de la cabeza: solo estaban sujetos con una cinta de muy poco lujo.

El azul, el encarnado y el verde eran en aquella época los colores adoptados con mas frecuencia, tanto por los hombres como por las mujeres. También se usaban el de carmesí y el de violeta, pero no tanto. El traje blanco era muy raro y jamás usado, circunstancia que explica de un modo conveniente el clima de la Gran-Bretaña.

(Continuará.)

COSTUMBRES Y CREENCIAS RELIGIOSAS.

EL PADDINO NUMEN.

Esté espíritu sea Ángel ó demonio, es sumamente amable como todos los que dan gratuitamente, y en cambio de esta generosidad se contenta con un pequeño reconocimiento. Dice que se cierra en los aires una vez al año, precisamente en la noche que precede á la aurora del día 1.º de Enero, y con mano invisible prodiga generoso á los niños mil deliciosos dulces y numerosas chucherías: es el dios Mercurio de los aguilaldos, si no es la misma divinidad en persona.

Esta lejita reminiscencia, reformada del politeísmo, es bella establecida en el cristianismo, y jóvenes secucos, fervorosos neófitos, que se suceden sin interrupción, entonan halabucientes las canchórisas alabanzas de la inocencia. Mas sin embargo, este como los demás cultos tiene tambien sus hipócritas, y la devoción aparente al Silfo del año no precede siempre de una fé pura, porque hay chiquillos as-

estos que me creyendo en él, hegen admirablemente su creación para sacar mejor partido.

Este género benéfico es muy conocido en las regiones de París, bajo el nombre de Enero, ó un viejo joven que simboliza lo presente lo pasado y el porvenir. En Lorena, Alsacia, Alemania, Polonia, España é Inglaterra se llama Navidad, y según la explicación de las madres, es un ángel resplandeciente y lleno de atractivos, que baja siempre con las manos llenas para visitar á sus amigos, los angelitos de la tierra; pero tal como lo vió y describió Dickens en la obscuridad de las negras nieblas del Támesis, sería un espíritu de primer orden y mas variado que infantil. En algunos otros puntos del globo este género se representa en el mismo niño Dios en medio de una nube celestial.

En nuestras provincias del Sudeste, en Saboya, en las inmediaciones de Lyon, y en la antigua y excelente Bressa, tan invariable como la Botscha, *Enero-Navidad* se ha convertido en el *Padrino Nomen*. Calificación singular de un ser ideal que demuestra la sencillez de los albanos.

Sea el que fuere su nombre, sea, procedencia y atributos paganos ó cristianos, este personaje simbólico, griego, romano ó escandinavo, es una ficción cosmopolita que todas las épocas y países arreglan á su modo.

Hay razones que inducen á creer que en otro tiempo se llamó en Roma *Styena*. Mucho ha cambiado desde entonces con respecto al vestido y sus modales, pero siempre se le conoce por sus costumbres á pasar de sus disfraces, y así van cada pueblo lo transforma imponiéndole su idioma y hábitos. Véase lo que dice Dickens: «Navidad está cubierta con una túnica de color verde oscuro, guardada de blanco armiño: tiene la cabeza coronada con un ramo de acabo interperado de bagas coloradas, resplandeciente de brillantes, con bordos y agrituras helados: su cabellera enlata ondas; su vista está complacida, su mano abierta, su voz alegre y su frente tranquila. Pende de su pacífico cinturón una antigua ysaia de espada vacía y macomida de orín; sacude su antorcha haciendo llover enredador suyo sus donas generosas, los tesoros el cariño y la amistad, las delicias del paladar, del apetito, de la alegría, etc.»

Después de haber observado cosa figurá tan llena de vida, vigor, é ilusión poética, es menester descender y colocarse al nivel de lo ideal como se entiende en Bressa. Allí el *Padrino Nomen* deriva mas bien de Sancho Panza, ó del rey de Ivetote, que de la Navidad inglesa, y de un buen hombre pequeño que corre montado en un asno, á guisa de un molinero que va á la boda, recorriendo todo el pueblo, por encima de los tejados deja caer por el conducto de las chimeneas sus regalos, destinados á los chicos que se conducen bien y son aplicados. Este tipo no brilla por su forma ni por su colorido; pero es sencillo como las gentes honradas de aquel buen país, y tal cual es, basta para llenar el objeto y complacer á los chicos de Bressa, á cuyos ojos el famoso caballo del paladín Rolando, ó el Bayardo de Rinaldo, tan conocidos en las veladas, no podrían compararse con un hermano burro cargado de juguetes, chucherías y dulces. En toda la comarca la idea de la munificencia, de la generosidad y de la bondad es inseparable del nombre venerado de Padrino: y si en París el tío pasó por un tesoro dispensado por la naturaleza, aquel es allí el monopolista de las estrenas, el proveedor jurado de las golosinas y los juguetes; pero ¡qué dulces y qué juguetes...! Siempre es rico el que se contenta con poco.

Así, pues, Enero-Navidad es en aquellos países el padrino general y en atención á su esencia maravillosa y sobrenatural, le han declarado el *Padrino Nomen*. Esto es cuanto queda en Bressa del género que la sabiduría de la antigüedad presentaba al principio del año como móvil de los sentimientos de reconciliación y amistad, todo ha quedado reducido al pequeño ordinario del 31 de Diciembre por la noche con su pollino imaginario: ¡cábro-jumento, digno hombrecito! (Qué exactitud inspira la confianza! En la noche del día de San Silvestre, no hay chico que ántes de acostarse, y si ha sido educado en el respeto debido al Padrino Nomen deje de colgar de la campana del hogar, una madreña, una calceta, cualquiera cosa á falta de esta y al día siguiente así que se despierta, si es que ha podido dormir, encuentra quien un bonito juguete, quien conchiles, y aun los menos afortunados corren la contingencia de hallar nueces, higos, ciruelas, en fin, cada cual lo que puede esperar.

Muy pronto llegó el día en que me declararon en la edad del juicio, demasiado grande para seguir los lanes de este juego, á fuer de sencillo, lleno de emociones. No excedo siquiera un recuerdo á los mas ricos agrumidos de mi juventud, y hasta me sorprendo de la fe que en otro tiempo acordaba el Padrino. Algunos, dije, que propugnaban la suya mentida, embrocados mayor ambición, pero estos suelen obtener un desengaño sólido. ¡Ah! si el Padrino tuviera la noche menos pensada la feliz ocurrencia de tirar desde los techos billetes del banco, acciones de los caminos de Hierro, aunque no fueran más que billetes de oro, ó trozos de lunares, conocerá mas de un

viejo chico, de espíritu fuerte que se apresuraría á poder sus muchas hijos abiertas en el cañón de la chimenea, ó sus troques, y es necesario fuera hasta el sombrero mas elegante de modura!...

—Madre, díos algunas veces el niño, ¿la vida usará alguna vez al Padrino?—No, porque está siempre muy ocupado y pasa de prisa. — ¡Es exacto, porque tiene tantos niños que atender!...—Madre, ¿no le parece á usted que el Padrino puede equivocarse de chimenea? porque Periquito ha recibido risas abundantes garapilladas, ¡y yo no he encontrado sino avellanas!—Calla, niño; el Padrino odia á los envidiosos; y si deseara la parte que ha correspondido á otro, podría encontrarte el año que viene con un nido de langatija, ó con crepiles de peso... ¡Cuidado!... No pocas veces al chico terrible vuelva á la carga.—Madre, ¿cómo los dos serones de un bocado pueden contener tantas cosas bonitas, para tantos millones de niños? Al oír esta, se confundió la madre, y realmente fuera mas acertado dar el encargo de distribuidor á un diestro ciudadano que á un pequeñísimo aldeano, pues los serones de aquel se podría decir que eran como la botella invaluable de Hamilton, como el sombrero de Bosco, un cuerno de abundancia sin fin, un pozo de chucherías en el cual, cuando dicen que nada queda, hay todavía mucho.

(Continuará.)

UN CASAMIENTO AL VAPOR.

I.

EL ALMUERZO.

En medio de los placeres que rodeaban la corte de Versalles en tiempos de Luis XV, tampoco faltaban desazones provocadas por est juego de intriga que se agilita sordamente en aquella grandeza corrompida; las costumbres estragadas del monarca, todo lo admitían cuando se trataba de lujo, sensualidad y disolución, llegando la depravacion moral al mayor grado imaginable.

Luis XV, ese príncipe libertino por antonomasia, había ya llegado hasta la santidad, y se fastidiaba en medio de la crápula y desorden que reinaba en su casa, oscurecido de las cortes contemporáneas de Europa. Ya no le halagaban las caricias de sus innumerables queridas, ni el fausto esplendoroso que le rodeaba, por mas que los mas apuestos y poderosos señores, doblaban la rodilla y le saludaban con el dulce título de *muy amado*. Esta frase, puesta en una boca encantadora de sus mujeres, tenía un doble sentido mágico y respetuoso, que producía á veces una conmoción eléctrica en el corazón del príncipe, corazón vacío de ilusiones, eso sí, aunque lleno de realidades.

Lo que mas atormentaba á Luis XV, era el recuerdo del pasado, ese recuerdo que, luchando con su regío estoicismo, mostraba á su conciencia una serie implacable de víctimas de su mismo libertinaje, fantasmas sombrío, que tan pronto halagaba su memoria con un grupo de hechiceras imágenes, como lo precipitaba al limbo del remordimiento, cuando se cambiaba ese grupo, por una sálita metamorfosis, y le mostraba en lontananza objetos lúgubres, sombras perdidas en el páramo triste de la desolacion mas cruda.

Solo que, esas víctimas, ese fantasmas, esas mismas sombras, no eran objetos quiméricos ó incorpóreos, creaciones espiritualizadas por la fantasía, no pertenecían á la misma realidad material é indubitable, eran sus propias queridas, flores agostadas por el soplo del vendabal, polvos criaturas, ajadas prematuramente y coyas pálidas, aunque hermosas facciones, arribaban al mismo rey los delitos del libertino.

Esto, pues, debía tener un término; Luis XV, herido en lo mas vivo de su alma, por estas miradas elocuentes y resignadas en medio de su misma amargura, tomó un pensamiento salvador; era menester dotar á aquellas pobres jóvenes, que eran hermosas todavía, y darles marido digno de aquellas mismas horas que formaran en otro tiempo las delicias de su harem. Fue esta una idea feliz, y el viejo mariscal de Richelieu, brindó por esta ocurrencia, en cierto almuerzo que la duquesa de Noailles, disfrazada de a masona, sirvió á S. M. en el palacio de Compiègne.

—Majestad, escudó la hermosa duquesa algo picada al oír la extravagancia del cortezano, ¿qué dice vos á eso?

—Digo, replicó algo cortado el rey, que el mariscal es hombre de muy buen humor; pero al mismo tiempo, bastante imprudente.

Richelieu, impasible al parecer, vertió una sonora carcajada y se preparó á apurar otra copa. Aquella risa era histórica, y la copa tembló en su mano del duque. Una mirada al soslayo del rey demostró á éste que se había escudado, y cayó como una ardiente llamarada que encendió su rostro amoretado.

—Señor, balbuceó con mal reprimida turbación, confieso que ha sido una imperperiencia mía, una inoportunidad si se quiere...

Richelieu, hábil cortezano, se hizo hallar recursos en sus talentos apuros; así es que halló una salida oportuna y se lanzó á ella.

—Esto no quita que S. M. tenga en cuenta sus excepcionales, repuso en tono de broma el astuto anciano, y devoró al propio tiempo una mirrada encantadísima y suñó á la vez al rey, que se acordó los lábios y pasó en la demé otra mirrada burlesca. Richelieu gozaba entonces de la plenitud de su triunfo, y devoraba un volcán de ósmo á la alfrá duquesa, que prevalida del afecto del monarca, lo había hecho pasar por el conojo, á él, hombre de mundo, caballero de aventuras, y polilico refinado, á pesar de sus setenta y pico cumplidos.

El secreto de esto, era que Margarita de Hauteville, á quien había dado en llamarse duquesa de Noailles, en perjuicio del legítimo poseedor de este título, lo suyo, y con quien tenía empeñado pleito de mejor derecho acerca del mismo, era una de las queridas predilectas de Luis XV, y que se borraría cada vez que éste, por simple complacencia en aborrecerla, la amenazaba con casarla *de real orden*. Y cuando sucedía esto, tenía lugar una escena que renunciámos á describir.

Las facciones del mariscal recobraron su malignidad cáustica, y parecían destellar relámpagos de odio hácia la jóven duquesa, que por su parte se ocupaba bien poco del galante anciano. Nada tiene de extraño esto, si añadimos que había sido despreciado por ella. Sobre estas repulsas, existía un plan, del que Richelieu solo era cómplice.

El silencio tuvo un desenlace frío y desagradable. Margarita no supo disimular sus temores, el mariscal se hallaba en una posición algo difícil, y Luis XV, bajo su glacial sonrisa absorbía las miradas de entámbos, revolviendo allí en su interior un proyecto extraño.

II.

EN EL PECAO LA PENITENCIA.

Los jardines de Versalles eran pocos días después el centro de animación de la bulliciosa corte de Francia. A uno de estos días de fiesta, ten celebrados entonces, y que nos ha transmitido la historia engalanados con ese lujo y accesorios, dignos de aquellos tiempos, sucediera una noche lóbrega, á pesar de las mil estrellas que lachonaban el firmamento: las calles de arbolado, los parterres y laberintos estaban espléndidamente iluminados, y resonaban las músicas de trécho en trécho. Parajas de cortesanos discurren bajo las bóvedas de follaje, los cenadores formados por capas de hojaranzos y abetos, y las galerías artificiales de acacias con espirales de musta y estúlas de Carrara y Paros, con sus pedestales de bronce fuicustados de alegorías mitológicas.

Corrían, por no decir volaban, comparsas de Locustas disfrazados de náyades, ninfas y coros de musas, grupos de amazonas y tronos de diosas con su bullicioso séquito de Cupidos y amorcillos con alas, círculos, ciclópeos y emblemáticas gerarquías del Olimpo, agitando sus blancas y perfumadas alas, envueltas en diáfanos y transparentes velos flotantes, y remedio de aquel juego de figuras impúdicas; animadas todas de un furor lascivo, desliziánte algunos jóvenes Mercurios, que eran los mensajeros de obrastantas intrigas amorosas que se urdían de concierto en aquellas noches de amor, de voluptuosidad y de crímenes de cierto género.

La noche era ya muy avanzada, y las mil luminarias del jardín apagaban su pálido destello; en varios puntos se habían estinguido completamente; algunas estrellas brillaban á través de las verdinegras frondas, y fumaban del centro tenebroso, como otras tantas chispas inflamadas.

Un hombre vestido de jardinero marchaba con paso recatado, y se deslizaba á través de las tinieblas: aquel hombre era Luis XV. Seguidamente dos buhos, uno de los cuales era un abate, á juzgar por las ropas talares y el sombrero peculiar de esa clase religiosa en aquellos tiempos. Todos tres parecían ir de concierto; á pesar de la separación proporcionada que observaban, y el misterioso recato de sus pasos indicaba que se disponía algun suceso de importancia por parte del rey.

Efectivamente, no tardaron en emboscarse en uno de los laberintos del parque, y se detuvieron junto á una cortina de yedra, que ocultaba el ingreso á un pabellon reservado. El rey prestó oído y creyó percibir suspiros y caricias, frases amorosas y una especie de incha jadeante.

Luis XV, impetuoso é irreflexivo, rasgó aquella cortina flotante y se precipitó al pabellon. Una tenue claridad lejána alumbraba aquella estaña artificial, cruzada por un surtidero de mármol, rodeada de estatuas con pretiles y escalinatas de jaspe. Sobre un banco de muelle césped yacía una ninfa en lágrima y voluptuosa postración: á su lado un génio de doradas alas rodeaba con su brazo derecho el tallo medio desnudo de aquella, que envuelta en sus velos transparentes de gasa, provocaba al deleite con una gracia encantadora. Ambos tenían el rostro cubierto con un velo; sin embargo, el rey que venía en pos de aquella pesquisa, reconoció á ciencia fija en la venturosa pareja á la hermosa duquesa de Noailles y al viejo mariscal de Richelieu.

Ambos personajes sufrieron una profunda sorpresa, porque también habían reconocido en aquel pretendido jardinero al gran rey Luis XV de Francia.

Margarita, toda trémula, y sorprendida *in fraganti*, se contó pecada, sin recurso, y se arrojó por un movimiento espontáneo á abrazar las rodillas del rey, que la repuso dulcemente y dió á besar la mano á Richelieu, que no podía prever el desenlace de la aventura.

—Basta, señora, exclamó el príncipe, esa gracia solo se puede obtener de un modo, y es casándose.

—Pero señor...

—Es cierto, comprendo lo que vais á replicarme, pero ved que me he anticipado á vuestros deseos, y es juro que mi voluntad vá á ser cumplida.

Luis XV sonó un silbo de plata, y como por ensalmo aparecieron los dos compañeros que componían su séquito en el bosque.

—Ea, preparaos á dar la mano de esposos á ese caballero, dijo el rey en un signo imperativo de autoridad.

—No os comprendo, balbuceó la duquesa.

—¡Oh! esto es demasiado, exclamó el rey, que se iba irritando por grados, y cuya explosión amenazaba muy próxima: se trataba de un casamiento, como el único medio de evitar un escándalo que mañana imprimiría en vuestra frente un sello de ignominia, y que solo puede conjurar un lástimo legítimo.

—¡Un matrimonio clandestino! replicó Margarita, en cuyo ánimo se reveló el orgullo de la mujer ofendida, y enderezándose como una serpiente; ¡jilgarme yo á un yugo que si e mpre he reprochado!... yo, la querida del rey de Francia... imposible.

Luis XV, pálido, todo convulso, llevó la mano al pomo de su daga con ánimo de herir á la cortesana; pero esta, por un impulso incomprendible y súbito, dijo:

—Me temo á vuestro alvedrío, y puesto que así lo queréis, sea. Traed testigos.

—Todo sobra donde está el rey de Francia, exclamó ésta. En cuanto á padrinos, aquí está el señor de Monteville que se prestará gustoso á tan singular como honorífico lance.

Y el compañero del abate, á quien se habia dirigido el discurso del rey, se adelantó, inclinándose con una profunda reverencia.

Margarita, juzgando, aunque tarde, que era una desortolosa permanecer de incógnito en la presencia del rey, quiso arrojarse la máscara, pero éste se apresuró á impedirlo, diciendo:

—Señora, el rey sabe respetar los disfraces, porque le ha enseñado á ello la experiencia, además de que con ello aprenderéis la reciprocidad, respetando en lo que vale la realidad del jardinero.

—Hé aquí una alusión soberbia, murmuró allá á sus adentros el mariscal con su habitual solidez, al oír la oportunidad de las frases del rey.

Al punto, y venciendo sus vacilaciones, la duquesa dió su mano al mariscal, que se apresuró á oprimirla con amorosos besos: el abate pronunció la fórmula sacramental é hizo descender la bendición sobre aquel extraño consorcio.

—Ahora ya es tiempo, dijo el rey, dando á besar su mano á la duquesa; vuestro honor y el mío se han salvado, y el rey os recomienda la salud del mariscal.

En efecto, Richelieu separaba el antifaz y mostrábase á su bella esposa su rostro maltratado por los años, pero en cuyos ojos brillaba una pupila de fuego.

—Conque no sois vos.... exclamó Margarita cruelmente engañada.

—¡Ah señora! dijo el anciano duque, no os pése; mañana seréis monja.

—Es la verdad, murmuró el rey; no debía tener otra solución el problema: en el pecado lleváis ambos la penitencia.

Todo esto se realizó al pié de la letra, y Margarita de Hauteville fué con el tiempo abadesa de las Ursulinas, á despecho de los conatos de Richelieu, que pedía á vivas instancias su secularización al Parlamento de París.

Jose PASTOR DE LA ROCA.

MEMORIAS DEL VERANO.

Hechiceras madrileñas,
salid, salid de la cama,
que ya hora los tejados
la luz naciente del alba.

Con cuidadoso descuido
vestid la ondulante falda,
vuestrós cabellos cubriendo
con trefcos tules y gasa.
Abrid la sombrilla leve

de colores matizada,
porque al sol no den envidia
los soles de vuestra cara,

Y corred á los pensiles
que á Madrid en torno esmaltan,
y que sus gracias esperan
aumentar con vuestras gracias.

Dios ayuda al que madroga;
por eso ya visteis cuantas
por madrugár en verano
en el otoño se casan.

Dios os dará un buen marido
si procuráis imitarlas,
que á vosotras las solteras
es lo que os hace mas falta.

Ya miraréis me parece
lucir matinales galas
en las verdes alamedas
de la fuente Castellana.

O en el ameno Retiro
cruzar entre espesas ramas,
y en el florido Botánico
respirar dulce fragancia.

Por donde quiera las flores
el puro ambiente embalsaman,
y reverencias os hacen
al impulso de las auras.

Himnos y jotas y duos
al sol los pájaros cantan,
y el arroyuelo murmura
porque le tienen sin agua.

¡Qué frescura! ¡qué alegría!
¡Cuán hermosa es la mañana!
sudando el quilo la corte
se despuebla por gozarla.

No en sus trajes nos demuestra
la esplendidez cortesana,
sino con grata frescura
sencillísima elegancia.

Allí pasean los niños.
con sombreros de alas blandas,
y vestidos de una tela
desde la frente á las plantas.

Allí en fáciles conquistas
á todas os avasallan,
y tan solo con miraros,
el corazón os arrancan.

Aquí un doguito rechoncho

con una pareja rancia,
monton de carne y de huesos
semejante á dos tinajas.

Allá, sentado en un banco,
saca á un libro la sustancia
uno que estudia en paseo
y se pasea en su casa;

Acullá en busca de fuentes,
con iguales pasos anda
otro que higiénica juzga
la medicina hidropática.

Mirad como al pié del chocho
las claras linfas escancia,
y, vaso á vaso, un estanque
á su estómago traslada.

Envuelto en nubes de polvo
allí un char-á-banc se lanza
donde un marqués, de cochero
en el noble arte se ensaya,

Mas ya el sol *ñifus* reparte;
por hoy de paseos basta,
y hácia la Casa de Cmpo
iremos juntos mañana.

Escuchareis en sus bosques
las discusiones que entablan
los ruseñores artistas
y las lóvotas románticas.

Y ciñendo de personas
un cinturon ó guirnalda
veréis una fuentecilla
que todo diz que lo sana.

¡Con qué afición cada uno
sus férreos jugos se tragal
¡y saben como las linfas
con que escribo estas palabras!

Ved cómo tienen de rojo
las piedras por donde pasan:
si los probais, lo mismo
se pondrán vuestras gargantas.

¡Huid, huid de esos campos!
y si mis versos os cansan
veréis que pronto de un golpe
paséo y romance acaban.

Que yo también, madrileñas,
de dejaros tengo gana;
que es por Dios mucho negocio
llevar á paseo á tantas.

José GONZALEZ DE TEJADA.

PELIGROS DE MADRID.



Las puertas se abren con requiebros.—El amor es un instrumento para los ladrones.